

## CARTA DÉCIMATERCERA

Una hermosísima palabra francesa. — El corazón bondad y e corazón valor. — Doble educación de la sensibilidad. — El hogar. — Influencia preponderante de la madre para formar la sensibilidad del niño. — El niño mimado. — El niño descuidado. — El interno. — Enseñanza de la bondad : sus límites. — Enseñanza del valor. — La sangre fría.

EXISTE, mi querida Francisca, una hermosísima palabra francesa, quizás la más hermosa de las palabras francesas. Yo la encuentro tanto más hermosa cuanto no existe, con la plenitud variada de sus significaciones, más que en el idioma francés. Alemania se enorgullecerá vanamente de su tierno, vago y un poco soso *Gemüth*, intraducible también. En ninguna lengua humana encontrarás la equivalencia exacta de la palabra francesa corazón (1).

Es intraducible, sobre todo en su sentido figurado, en el cual reside la nobleza y amplitud de las palabras. Corazón, une, en francés, dos ideas muy distintas, casi opuestas : significa la más delicada sensibilidad y la audacia más arrogante (2). Corazón quiere decir bondad, ternura, amor; pero corazón quiere decir también resistencia, ardor, ánimo. Y

(1) En castellano, la palabra corazón encierra, cuando menos, la misma fuerza de expresión que el *cœur* francés y el *gemüth* alemán, dicho sea con todo el respeto y admiración que nos merece el autor de estas cartas. (N. del T.)

(2) ¿Valdrá la pena de añadir que lo mismo, y aún más, significa nuestra palabra *corazón*, sin contar con que su sonoridad supera al *cœur* francés? (N. del T.)

que la misma palabra pueda evocar á la vez, para nosotros, esos dos conceptos en apariencia distanciados, es uno de los más curiosos indicios de la sensibilidad y del valor franceses, del alma francesa para mejor decirlo.

Yo no conozco nada más angustioso, para el que toma en serio su papel de educador, que la formación de un corazón infantil. De ese corazón — es decir, de la facultad que habrá de pensar y querer — dependerá, más que de su cuerpo y de su espíritu, la felicidad del porvenir. Insensible ó poco sensible, las más intensas alegrías humanas le estarán prohibidas. ¿Y qué vale una vida de la cual estén excluidos el amor y el arte, por ejemplo? Demasiado sensible, podrá defenderse mal contra el egoísmo de los demás; padecerá las miserias humanas más de lo justo: su corazón-sensibilidad perjudicará, á su corazón-voluntad. El ideal es hacer discípulos sensibles y enérgicos á la vez, es decir, individuos de corazón en el sentido íntegro de la magnífica palabra francesa. ¡La cosa no es fácil! Pero puesto que la lógica de nuestra lengua une las dos significaciones en un mismo vocablo, tratemos de unir esas dos fuerzas en nuestros discípulos.

Yo no quiero niños insensibles. No educo espartanos, ni siquiera anglo-sajones. Un inglés (*Auskin*) ha sido, sin embargo, quien ha dicho : « Sensación, pasión : ¡yo no tengo miedo á estas palabras en la educación y menos á sus realidades ! » Y yo, francés, quiero que los niños franceses tengan emotividad, ardor, espontaneidad, impresionabilidad artística, apasionamiento por las ideas, generosidad por las causas hermosas que hacen de Francia una nación única en el mundo. Sólo el exceso de estos grandes impulsos es lo que yo quiero refrenar.

Afortunadamente, las cualidades de energía, de valor, de paciencia no son menos endémicas en esta raza privilegiada. Á mí, como educador, me corresponde desenvolverlas paralelamente á la sensibilidad. Si lo realizo habré formado un tipo humano perfecto.

Todo el mundo está de acuerdo en admitir que el medio más favorable para desarrollar la sensibilidad del niño, es la casa de los padres, el hogar, por la influencia maternal sobre todo. Educado fuera de casa, el niño es casi un huérfano. Sully-Prudhomme lo ha dicho :

*A ces créatures naissantes,  
Il manque un indicible soin.  
(A esas vidas nacientes  
Les falta un cuidado indefinible.)*

Por esto encerrar al niño en un colegio es impío, hasta que su corazón no esté formado. La clase en común, los juegos en común son útiles á los niños y hasta pueden hacerse indispensables para su formación. Este es el caso del joven Bertrand Tasqué : formará su carácter, se acostumbrará á la emulación y, todas las noches, al llegar al hogar paterno, apreciará mejor la dulzura de su nido. Pero antes de encerrar en el colegio á un niño menor de doce años, conviene agotar todos los esfuerzos.

No vayamos á caer aquí, Francisca, en el defecto de casi todos los tratados de educación. Desconfiemos, una vez más, de las grandes palabras y no temamos mirar á ras de tierra. Familia, hogar : estas palabras son admirables. Prácticamente, en la sociedad contemporánea, expresan realidades sin importancia, tanto más nocivas cuanto guardan, en el mal, su fuerza de acción sobre el niño... Sólo la madre, por una especie de privilegio, no puede, casi nunca, causar mal al niño... ¿En cuántos hogares desordenados, en cuántos matrimonios divididos, el niño, testigo de las disputas y discrepancias guarda, sin embargo, el respeto y la adoración á su madre? Y esto debería inspirar á las madres más frívolas tan altísima idea de su función, que todo desfallecimiento en la educación de sus hijos les fuera imposible.

Madres : vosotras sois la fuente de sensibilidad de vuestros hijos. Si los alejais de vosotras sin indulgencia, si sois con ellos rudas y severas siempre, les daréis el germen de verdadera enfermedad de sensibilidad cohibida : el mal de un Julio Vallés ó del héroe de *Pelo de zanahoria*. Este peligro

no es, afortunadamente, un peligro francés. El peligro latino es, más bien, que la sensibilidad materna se desborda y ahoga la sensibilidad del niño : es, en una palabra, que la madre mime á sus hijos. Entonces, á imagen suya, formará corazones frágiles, incapaces de resistir los choques de la vida y, lo que en la madre no era sino debilidad nerviosa, amenazará convertirse en un vicio en el hijo. El niño mimado — ¡ay! — es frecuentemente algo así como un género corrompido, los niños sobre todo. Tú eres, mi querida sobrina, una francesa notablemente equilibrada ; sin embargo, has mimado un poco á Pedro durante sus tres ó cuatro primeros años. Tus mimos han consistido en contemplar demasiado á un heredero esperado durante mucho tiempo, en demasiado cuidarle, en sentir un temor extremo de entristecerle, de hacerle llorar. Paralelamente, tu cuñada Lucía Laterrade, mimaba á Simona de otra manera ; renunciando á ejercer sobre ella la menor atención educadora y delegando sus funciones en institutrices que no tardaban en darse cuenta de que no había que importunar á la señora cuando se tratara de caprichos de la pequeña... De esta doble contemplación resultó un Pedro débil, tímido, tranquilamente egoísta, y una Simona ultranerviosa que pasaba de una crisis de lágrimas á explosiones de febril alegría, una niña, en fin, francamente insoportable. La sensibilidad de Pedrito, bajo la blandura de vuestras ternezas, se tornaba anémica, se asfixiaba ; la de Simona, sin dirección, sin freno, se agudizaba. Era tiempo de atajar el mal.

Hoy sabe Pedrito que las caricias de su madre son una alegría que hay que conquistar ; sabe que su madre tiene valor para castigarle, para privarse del placer de verle contento. Todas las ingenuas manifestaciones de su egoísmo infantil han desaparecido ; se ha afeado sin piedad delante de mí, delante de Simona, su egoísmo. Aprende que, hasta en la ternura, hay que dar para recibir... En cuanto á Simona hemos mostrado contra sus crisis apasionadas de cólera, de lloros y de pataleos, una fría paciencia y una inflexible paciencia. Su institutriz tiene orden de no dirigirle la palabra en estos momentos y de limitarse á vigilarla. Cuando la crisis

ha pasado no se le hace alusión alguna; y entonces ella misma habla, recuerda, pide perdón y caería en una crisis de arrepentimiento — á no detenerla con una poca de firme tranquilidad...

No podría, por lo tanto, proponerse una regla general : ya no es lo mismo ayer, cuando el niño no era sino un animal susceptible de educación. La personalidad ha hecho su aparición. Cada sensibilidad debe ser estudiada y dirigida aparte. Á lo sumo, podriase escribir este principio director :

*La sensibilidad del niño es una fuerza preciosa : hay que evitar atrofiarla. Procuremos, por el contrario, desarrollarla; pero imponiéndole una disciplina.*

\* \* \*

Precisemos, querida sobrina, algunos puntos de esta disciplina.

Hay que enseñar al niño á ser bueno. Aunque lo dice Rousseau, el niño no es bueno por naturaleza. Algunos hasta son crueles. Aquellos que dan la impresión de ser desinteresados, compasivos, tiernos, encierran frecuentemente mucha debilidad peligrosa bajo apariencias de bondad, un caudal de lágrimas puramente físico, que yo me guardaré muy bien de alentar. Hay que enseñar á los niños á que sean bondadosos, pero no con esa bondad llorona predicada en la mayoría de los libros para la infancia; esa bondad me causa, lo confieso, un malestar y disgusto extremos. Además, es ineficaz, porque no es verdad, en el siglo xx cuando menos... El hermano de Simona, ese estudiantillo que sigue en Condorcet sus estudios, poco brillantemente por cierto, me decía no hace mucho refiriéndome una discusión que tuvo con un condiscípulo suyo :

— Yo no soy malo; pero hay que evitar que tomen á uno por un *poir* (1). ¿No le parece, tío?...

~~~~~

(1) *Poir*. Expresión de uso muy frecuente de la jerga parisiense. Equivale á primo, paleta. (N. del T.)

¡ Fórmula excelente, jerga aparte ! Noel Laterrade tiene razón : no enseñemos á los jóvenes burgueses á ser « primos ». Ni ellos ni sus padres son los que han declarado la guerra de clases, los que han denunciado el contrato de caridad entre el pobre y el rico. Tampoco es culpa suya el que « la lucha por la vida » sea la regla de acción de una multitud de gentes sin escrúpulo, hasta en la misma clase acomodada. Por lo tanto, yo no pierdo ocasión de recordar á mis discípulos los deberes de compasión y caritativos para con los pobres; de generosidad, cordialidad y sencillez hacia los demás niños; pero les enseño también á defenderse contra el egoísmo agresivo de sus pequeños iguales y les advierto que el pilluelo livido, de mirada esquiva, que les tiende la mano en una calle de París, tiene, probablemente, en la otra mano un cuchillo del que no piensa servirse exclusivamente para cortar pan. Y les digo : « Ese hombre es un enemigo, porque os mira como seres privilegiados; la limosna no le desarma; vuestro deber, en lo porvenir, será esforzaros en obligar á los de su calaña á que acepten el orden haciendo prevalecer la justicia y la razón; esforzaros también en defender ese orden, común á los hombres, contra aquellos de su especie que nuestra razón y equidad no consiga agrupar. »

Y todavía les añado : « No dejéis de ir á quejaros á vuestra institutriz, á vuestra madre, á mí mismo, de tal ó cual injusticia de que os haya hecho víctima otro niño. Debéis ejercer vuestra policía personalmente. — « Clemente Martín, me ha quitado una bola, gemía Pedrito. — Ve á recobrarla en seguida. — ¡ Si él es más fuerte que yo !... — ¡ No importa ! » Se entabla la lucha; Pedrito cae debajo, pero Clemente Martín, inquieto súbitamente por su victoria, deja al hijo de los amos y devuelve la bola. Pedrito vuelve triunfante, después de recuperar el objeto, orgulloso de haber domado el miedo. Ni siquiera ha sentido los golpes recibidos.

Así vemos unirse — limitándose mutuamente — los dos sentidos de la palabra « corazón ». De la sensibilidad, de la bondad, pasamos sin violencia á la firmeza, á la energía, al valor. Cree, querida Francisca, que no es difícil hacer á los niños animosos. Casi infaliblemente llegan á serlo en la vida

común de los colegios : ello se debe á que tienen mucho amor propio, á que son imitadores voluntarios y á que, digamos la palabra, no son del todo malos cómicos. Yo no quiero que mis niños sean los formidables libertinos preconizados por Kipling; pero entiendo que no han de tener miedo á los golpes y que deben, cuando llegue el momento, saber darlos con discernimiento. Así, pues, yo enseñaría en seguida al niño los medios elementales para defenderse con sus pies y manos á fin de que adquiera confianza en sí mismo. Pero, sobre todo, lo repito : « Aunque seas el más pequeño, el más débil, no consentas en ser víctima sin resistencia. El golpe que te ha dado uno más fuerte que tú le debilita y te da fuerza...

« No seas fácil de dominar. No seas un « primo ».

Una virtud, del dominio de la sensibilidad y mucho más difícil de hacer germinar que el valor, es la sangre fría. La infancia del hombre es femenina, ha dicho acertadamente Rousseau, y vuestro gracioso sexo, querida sobrina, no está reputado por su sangre fría.

¿Cómo educar en el niño la sangre fría? Por un procedimiento análogo al que emplean los profesores de boxeo para acostumbrar á sus discípulos á la resistencia.

¿No has aprendido nunca á boxear, Francisca? ¡Qué lástima! El ejercicio es provechoso. Si alguna vez tienes la ocurrencia de aprender, el profesor te enseñará á recibir rudos golpes y á parar los de tu adversario; pero también te enseñará á « embolsarte », es decir, á soportar los golpes que no has sabido parar, sin pestañear, con la sonrisa en los labios. Nada muestra mejor la influencia dominadora de la voluntad sobre la sensibilidad que la educación de la sangre fría; mediante ella, el boxeador llega, no sólo á ocultar el sufrimiento del golpe recibido, sino casi á no sentir el dolor.

¡ Pues bien, Francisca! Ningún adversario es más traidor ni está mejor armado que la suerte : procuremos detener sus golpes; pero si nos hiere de improviso, sepamos « embolsar » impasiblemente. Así sufriremos el golpe hermosamente y, lo que es más importante, guardaremos nuestra fuerza intacta para la respuesta. Educar la sangre fría del niño es pre-

pararle para reaccionar inmediata é impasiblemente ante lo imprevisto, ante el peligro, ante el mal. Simona, muy nerviosa, se estremecía al menor ruido; yo la he acostumbrado á tirar con una pistola de aire comprimido, inofensiva, pero



... Pedrito, cae... (Pág. 151).

ruidosa. Pedrito perdía la cabeza cuando atravesaba el cruce de algunas calles parisienses, interceptado por los vehículos. Hoy, sin que yo le lleve de la mano, franquea los bulevares al lado mío, con paso igual y le divierte como un juego la dignidad de esta maniobra. Entre los dos niños se ha esta-

blecido un pugilato para ver cuál se queda más tranquilo cuando tropiezan ó se caen en tierra : Pedrito, sobre todo, es heroico. Por último, nos hemos habituado los tres á discutir juntos los malos golpes de la suerte : la lluvia persistente impidiendo una hermosa partida que teníamos en proyecto; la ruptura de un objeto que acarreará una reprimenda; la enfermedad que obliga al niño á permanecer recluido en casa : « Hay que atacar las contrariedades por el lado débil que todas tienen. » Nosotros buscamos juntos este lado débil; acabamos por encontrarlo; nos burlamos del destino. Pero, sobre todo, mediante esta discusión, realizamos un acto de sangre fría y aprendemos á recibir los golpes con elegancia.

Otros ejercicios diarios de sangre fría : no levantar ni volver la cabeza cuando llaman á la puerta; no responder jamás á las preguntas que nos hagan sin dejar pasar antes el tiempo necesario para contar hasta tres; esperar cinco minutos antes de abrir una carta ó un paquete esperados con impaciencia, etc...

En resumen; educar la sangre fría es habituar al organismo á resistir instintivamente la sorpresa, es interponer, entre la hostilidad de las cosas y uno mismo un obstáculo de inercia acumulado por la voluntad.

— Pero — dirán algunos — ¿al disciplinar así el carácter de los niños no hay peligro de arrebatárles su encantadora espontaneidad?

¡ Indudablemente que no ! Ejercitar la sangre fría en los niños es un juego y como tal hay que presentárselo, ó, más bien, como un deporte de agilidad y vigor. Además, los niños, excluyen con su imaginación todo lo que de rudo pueda tener ese ejercicio. Yo sorprendí un día á Pedrito dando una lección de sangre fría á Clemente Martín. Aquél golpeaba á éste, que soportaba los puñetazos de mal talante y que, por último, se aprestó á tomar desquite.

— Es inútil — le dijo Pedrito. — Yo he aprendido ya á tener sangre fría.

Pero también Pedrito recibió algunos golpes; mas, como al mismo tiempo protestaba que aquello no era lo convenido

y testimoniaba á Clemente Martín un insigne desprecio á su deslealtad, creo que no sentía dolor alguno. Sin embargo, renunció, desde entonces, á enseñar á tener sangre fría al pequeño rústico.

Lo que se injerta de útil en el tronco infantil no impide que broten aquí y allá algunas ramas salvajes. ¿Qué importa? Se podan los malos brotes y, poco á poco, el árbol va tomando su forma.

otra. Como dicen los pedantes (una palabra recomendable por lo demás) existe entre las dos una antinomia.

¿Cómo proceder?

Ensayemos...

## CARTA DÉCIMACUARTA

La cultura física del niño. — Dos fatigas : ¿cuál es la peor? — ¿Formamos campeones? — Higiene y resistencia. — ¡Abajo el exceso de los regímenes de alimentación! — Nada de deporte especial : ejercicio general. — El sentido del « record ».

EN medio del desarreglo que, en nuestros días caracteriza la educación hay, sin embargo, un punto sobre el cual todos se esfuerzan y están de acuerdo : la educación del cuerpo del niño.

Es natural que las naturalezas ordinarias sean susceptibles de disfrutar salud y ser inteligentes á cambio de que se comporten bien. Pero esta es una razón un poco seca y corta. La educación física demasiado intensa y exclusiva conduce, como la ausencia total de ejercicio, al desorden de la salud y trastorno del individuo. « En fuerza de querer hacer robustos á los niños débiles — ha dicho M<sup>ma</sup> de Maintenón en un estilo hermosamente rudo — se consigue hacerlos muertos. La educación física de los niños no es, pues, una cosa sencilla. No todo se resuelve pronunciando los lugares comunes contemporáneos : « ¡higiene, hidroterapia, deportes, nada de fatiga !... »

¡Pardiez ! ¡ Las cosas irían á pedir de boca si sólo se tratase de formar atletas musculosos y hembras ! Pero pretendemos también formar cerebros en los que puedan penetrar las múltiples nociones del saber moderno ; ante la terrible lucha de nuestra época queremos crear voluntades sólidas. Y, en la infancia, sobre todo en la época de la infancia que va de los ocho á los trece años, la cultura intensa del cuerpo y la del espíritu, no sólo no se ayudan, pero se oponen la una á la



... Hasta la bicicleta tiene sus peligros... (Pág. 160).

En primer lugar sepamos bien lo que queremos hacer de nuestros hijos. ¿Es probable que Pedrito se inmortalice un día ó gane su vida como campeón de boxeo, de ciclismo, de gimnasia? Es posible, pero probable, no. Lo probable es que tu hijo, sobrina, sea ingeniero, abogado, oficial, industrial,

negociante, médico, en un palabra, que se dedique á una ocupación burguesa, — la de artista entra cada día más en la categoría burguesa. Debemos, pues, prepararle este porvenir, moral é intelectualmente. En cuanto á su cuerpo, procuraremos que adquiera toda la robustez y agilidad necesarias para el desgaste físico de un abogado, de un ingeniero, de un artista de nuestros días, comprendidos los medios de defensa personal á que, un burgués moderno, puede verse forzado á recurrir... Si á medida que entra en años muestra Pedrito condiciones y vocación para un oficio puramente físico, será el momento de examinar si su cultura debe encauzarse en este sentido; pero á condición, entiéndase bien, de aligerar y restringir paralelamente la cultura intelectual. Yo he oído recientemente á un joven, que lleva uno de los apellidos más ilustres de Francia, decir ingenuamente: « Dudo entre dedicarme á la aviación ó hacerme torero; mi familia prefiere lo primero... » Perfectamente; pero el tiempo que este joven consagró á estudios clásicos, hubiera sido útil invertirlo en la preparación directa para ser torero ó aviador.

Resignémonos por adelantado al hecho de que ni el hombre ni el niño *pueden saberlo todo*, ni pueden aprenderlo todo, sobre todo, las cosas contradictorias, antitéticas. La tan ponderada educación inglesa, que muchos copian en Francia sin reflexionar, no ha evitado los escollos. Visitando no hace mucho un colegio inglés, me sorprendió la importancia que, por encima de los estudios, conceden á los deportes. Hacia el fin del año, particularmente, el *football* suspende casi por completo los trabajos de las clases. « Es imposible — decía entre mí — que la educación nacional no se resienta lamentablemente de este abuso... » Algunos años después, la guerra del Transvaal daba la respuesta, y un inglés, extremadamente inglés, educado en la más pura tradición británica, — Kipling — trataba á sus compatriotas de « imbéciles en algodón » y les decía: « Habéis estado á punto de ser vencidos por un pequeño pueblo de pastores, porque sois unos asnos y porque el *tennis* no basta como educación de un pueblo. »

*Axiomas.* — I. Hasta el fin de la infancia casi, existe antinomia entre la cultura física intensa y la cultura intelectual:

II. — El cansancio físico es más peligroso aún para el niño que la fatiga intelectual; porque contra aquél, la infancia, tiene menos medios de defensa.

(Esto debe aplicarse indistintamente á niños y niñas; pero, naturalmente, interesa más á los primeros, aunque el esnobismo físico-deportivo, ¡ni siquiera excluye á vuestro sexo, querida Francisca!)

\* \* \*

Ahora que ya hemos expuesto los principios restrictivos — lo que no está demás, dada la moda del día — afirmamos, sin embargo, que una cultura física cuidadosa, es de primera necesidad para la infancia... Algunos tontos exclamarán: « El tío de Francisca es enemigo de la cultura física de los niños... » Y no faltarán críticos que repitan esta tontería. Dejémosles decir y busquemos los medios de formar lo mejor posible la parte física de Pedro y de Simona, sin hacer de ellos *cobs* ó canguros boxeadores.

Sin abandonar la higiene, hay que procurar hacer al niño resistente. Si tienes la fortuna de que tus hijos no sean débiles — el caso de Simona y Pedrito — ¡no los abrumes con precauciones pretendidas sanitarias!... Siguiendo, Francisca, mis consejos has suprimido resueltamente los regímenes alimenticios impuestos á tu hijo y á su prima por los augures médicos. Pedrito y Simona comen carne, beben vino, sin exceso, claro está, y su estómago é intestino no se encuentran más mal que el de esos « niños medicales » condenados perpetuamente á agua y *pudding*... ¿No es sorprendente que en un siglo en que el principio del ejercicio domina en educación física, el estómago y el intestino estén excluidos del sistema y condenados á una inacción prematura? Ya vemos el efecto de este bonito procedimiento: una juventud á régimen para la cual, digerir una comida regular, constituye una dura labor estomacal.

Resistencia del estómago; resistencia también contra el frío, contra la « corriente de aire » que aterroriza á nuestros contemporáneos. En Saint-Cyr, M<sup>ma</sup> de Maintenón, daba á las

jóvenes lechos duros, agua fría, poco fuego, pero vestidos de abrigo y una alimentación abundante. Excepto el agua fría (que no lava) encuentro este programa excelente.

Hay que prohibir á los niños que se aproximen al fuego, que se acurruquen junto al radiador ó que se planten en la boca del calorífero. El niño debe entrar en calor *haciendo ejercicio*.

Y esto nos lleva á la segunda parte de la cultura física infantil : el ejercicio muscular.

\* \* \*

Que no se moleste el esnobismo contemporáneo si no llamo « deportes » á los ejercicios físicos del niño hasta los once años próximamente. Para un individuo demasiado joven, el inconveniente del deporte, propiamente dicho, consiste en que se le impone una deformación prematura : el caso de la esgrima y equitación; hasta la bicicleta tiene sus peligros, sobre todo para las jóvenes. Además, yo no veo de una manera clara lo que sale ganando un galopín de diez años con saber los arduos más difíciles del *tennis*. Lo que yo pretendo enseñar á Simona y á su primo, entre los ocho y catorce años, es á usar bien y atrevidamente de sus músculos, á sacar de su temprana fuerza todo el provecho posible, pero sin imponerles especialización alguna. Les obligo á andar, á correr, á superar obstáculos, á trepar á los arboles, á subirse por una cuerda de nudos, á nadar, todo esto no á su capricho como antes de que cumplieran siete años — cuando eran pequeños animales para los que la experiencia personal no tenía ningún valor — sino metódicamente, procurando obtener de sus medios físicos el mayor rendimiento posible. No quiero que se les enseñe todavía la equitación; pero cuando nos encontramos en el campo, accedo gustoso á que mis discípulos monten el plácido César, palafrén de dieciocho años, antes brillante, hoy retirado y destinado al servicio de equipajes de la granja. Á veces también cogemos una raqueta y jugamos á lanzar y devolver pelotas. Con ayuda de este juego ejercitamos el golpe de vista y la disciplina de los músculos.

En una palabra, trabajamos en la cultura general del

cuerpo, sin especialización de ninguna clase, pero sin dejar, por ello, de observar lo que manifiesta, por parte del educando, una aptitud especial. Desde luego, Simona está dotada como una cabra para trepar por las más rudas asperezas : de necesitarlo sería una alpinista notable. Tu hijo, menos ágil, tiene un golpe de vista y movimientos de rara seguridad : tendrá



... Trabajamos en la cultura general del cuerpo... (Pág. 161).

buena puntería y tirará bien á las armas. Ambos son atrevidos y tienen confianza en sus músculos. Algunas veces riñen. Simona, la más fuerte hasta no hace mucho, comienza á caer debajo. Pedrito, admirado de su victoria, no quiere luchar con su prima.

Un sentimiento que me esfuerzo en desarrollar en ellos es lo que podríamos llamar « el sentido del *record* ». *Record*, idea moderna excelente, idea moralizadora. Es la idea de que

puede siempre intentarse hacer una cosa mejor que otro y, sobre todo, hacerla hoy mejor que se hizo ayer. Idea moralizadora porque es todo lo contrario del orgullo. El día que Pedrito ha salvado, de un salto, una distancia de tres metros, no ha estado sino moderadamente orgulloso, porque imaginaba á Simona saltando tres metros diez ó batiendo él mismo su propio *record*.

Llevamos un registro minuciosamente exacto de nuestros *records*: velocidad en la carrera, distancia recorrida andando, pesos alzados, fuerza y puntería. Familiarizar al niño con la idea del *record* no es uno de los menores efectos de la educación física. Útil en la cultura de los miembros, no tardará esta idea en aplicarse á la cultura del espíritu.

## CARTA DÉCIMAQUINTA

Hasta que el niño sepa leer y escribir tan bien como hablar, continuar la enseñanza oral. — Los dos secretos: no enseñar nada « en el aire », y enseñar « siempre la misma cosa ». — Lo que significa saber leer y escribir. — ¿Cómo aprender ambas cosas? — El libro de clase. — « *Puer unius libri* ». — El niño de clase debe crecer al mismo tiempo que el niño.

EN tanto que el libro, querida sobrina, no sea para el niño un interlocutor inmediato que le hable como una persona, en tanto que exija de él un esfuerzo anterior, prefiero decididamente la palabra.

Y hasta el día en que Pedro y Simona sepan leer perfectamente, el procedimiento oral será nuestro principal instrumento de educación.

Nuestro programa es:

Continuación de la enseñanza oral.

Perfeccionamiento de la lectura y escritura.

La enseñanza oral la continuamos como antes de abordar la lectura y escritura. Enseñanza realista ante todo, en el sentido de que se basa en realidades y de que nada se enseña *en el aire*, es decir, sin mostrar las cosas al niño, sin hacerle notar palpablemente el lazo que une á su persona cada noción nueva. Tal es el primer secreto de una buena enseñanza infantil. El segundo consiste en enseñar *siempre lo mismo*, modificando sólo la intensidad y extensión de la enseñanza.

Explicaremos, ante todo, el primer secreto: no enseñar nada « en el aire. »

Ya te he dicho cómo concibo yo la lección inicial de la Geografía: dibujar en la pizarra el plan de la sala de estudio,